



HARLEQUIN™

Jazmin™



AUTÉNTICOS VAQUEROS



Amor profundo

PATRICIA THAYER

Jazmin[™]

Amor profundo

PATRICIA THAYER



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Patricia Wright. Todos los derechos reservados.
AMOR PROFUNDO, N.º 2352 - septiembre 2010
Título original: The No. 1 Sheriff in Texas
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9028-1
Editor responsable: Luis Pagni

CAPÍTULO 1

BRANDON Randell estaba sentado en la cafetería y jugaba con su taza de café. Cualquier cosa que evitara que alzara la vista para mirar a su padre del otro lado de la mesa. Últimamente ni siquiera habían podido compartir una comida sin acabar siempre con el mismo tema. La misma discusión. Y Brandon no podía decirle lo que quería oír.

–No estoy seguro de que quiera asumir la dirección del rancho.

–Bueno, hijo, ¿cuándo crees que lo sabrás?

Odiaba que lo arrinconaran con ese tema... constantemente. Miró los ojos penetrantes y oscuros de su padre. A pesar de tener cincuenta y tantos años, parecía mucho más joven. Seguía siendo un hombre grande e imponente, ya que los años de trabajo físico lo habían mantenido en una gran forma. Un poco de gris se entremezclaba en el pelo negro como el carbón y las arrugas en torno a los ojos eran la única diferencia que había visto en él en los últimos veinticinco años. Ése había sido el día en que Cade Randell había entrado en su vida para reclamarlo como hijo.

Brandon se reclinó en el asiento y de pronto sintió el peso súbito de su revólver, recordándole la responsabilidad que tenía con la gente de Tom Green County, Texas. Apenas había tenido tiempo para cenar esa noche.

Había esperado que la presión de seguir en el negocio rancharo de la familia se hubiera mitigado cuando diez

años atrás sus primos Luke y Brady Randell regresaron al valle y ayudaron a formar la Randell Corporation.

–Tengo compromisos, papá –titubeó antes de continuar–. Ésta es mi última semana de patrulla. El lunes empiezo como detective.

Cade parpadeó, pero de inmediato ocultó su sorpresa.

–¿Y eso cuándo sucedió?

–Me enteré esta mañana. No quería hablaros del ascenso a mamá y a ti hasta tener la certeza de que era algo consumado.

–Bueno, felicidades, hijo. Siempre hemos estado orgullosos del trabajo que has realizado en el departamento del sheriff –esbozó la insinuación de una sonrisa–. Y tu madre se alegrará de que dejes de patrullar.

–Gracias, papá. Eso significa mucho para mí.

Su padre volvió a asentir.

–Más motivo para resolver esta situación. También tienes un compromiso con la familia. Tu abuelo te legó el rancho a ti –recalcó–. Yo he estado dirigiéndolo con tu hermano, pero tienes más de treinta años, hijo. Deberías tomar las riendas o venderlo.

Diablos, todavía más presión. Bueno, él era el mayor. La siguiente generación de los Randell.

–¡Vender parte de Mustang Valley! ¿No hay una ley contra eso en la familia? –trató de bromear, pero su padre no mostró atisbo alguno de humor.

–Bromea todo lo que quieras, pero desde tu último cumpleaños, legalmente eres el propietario de las tierras donde se levantan el Randell Guest Ranch y los pastizales donde se alimenta el ganado. No es justo pedirle a tu hermano que dirija las cosas por su propia cuenta. Ha estado trabajando como capataz. Debes tomar una decisión, Brand.

Antes de que pudiera contestar, sonó su radio.

–Hay un posible 10-14 en marcha –anunció el radiooperador–. Se necesita un agente en Burch y Maple, en el aparcamiento del Centro de Urgencias de West Hills.

Se levantó.

–He de ir –cruzó la puerta y corrió al coche patrulla antes de que su padre pudiera hablar.

Desterró todo de su cabeza. En ese momento sólo existía su trabajo.

La había encontrado.

Nora Donnelly intentó respirar, pero el miedo la paralizaba. No le serviría de nada luchar, dada la fuerza del hombre que la había pegado contra el coche en el aparcamiento tenuemente iluminado. Estaba atrapada.

–Pensabas que podrías librarte, ¿verdad? –le susurró el atacante con dureza al oído–. Bueno, pues ya te tengo.

–Por... por favor, no me haga daño –suplicó, pensando en su hijo Zach. ¿Quién iba a cuidar de él?–. Llévase lo que quiera. No tengo mucho dinero encima, pero puedo conseguirle algo.

Los dedos la apretaron con más fuerza.

–Es bueno oírte suplicar. No quiero tu dinero, pero vas a pagar por lo que hiciste.

La obligó a darse la vuelta. Se enfrentó al hombre fornido que empequeñecía su metro sesenta y dos de altura. No lo reconoció, pero eso no significaba que no lo hubieran enviado a buscarla.

No tuvo oportunidad de reaccionar antes de que el hombre la golpeará con el dorso de la mano. El dolor la sorprendió mientras caía al suelo. Él aterrizó encima, atra-

pándola contra el asfalto. Gritó en un afán desesperado por repelerlo. No dejó de retorcerse hasta que el otro le aferró un brazo y se lo dobló a la espalda. Gritó otra vez.

Se sentó a horcajadas sobre su espalda y le pegó la cabeza al suelo. Nora luchó contra el dolor y por mantener la conciencia.

–¿He captado tu atención ahora? –rugió el otro.

–Por favor –susurró, sintiendo que las manos del hombre se movían sobre ella. La bilis subió por su garganta.

Entonces se oyó el sonido lejano de una sirena. El atacante maldijo.

–Todavía no he terminado contigo –se levantó y desapareció.

Combatiendo el dolor, Nora se incorporó a duras penas y buscó su bolso. Tenía que largarse.

Fue en ese momento cuando la sirena se apagó y oyó las pisadas. Alzó la vista hacia una sombra grande.

–Por favor, váyase. Déjeme en paz.

–Señora, soy el agente Randell, del departamento del sheriff.

En la oscuridad vio como con la linterna se señalaba la placa que llevaba en la camisa.

A Nora siempre se le había dado bien mantener la serenidad y la compostura. Era necesario para proteger a su hijo. Pero de pronto la cabeza comenzó a martillearle al cerrar los ojos por el dolor. Lo único que recordó fueron los brazos del agente al sostenerla.

–Por favor... no puede volver a encontrarme. No deje que vuelva a encontrarme.

–No se preocupe, ya está a salvo.

Quiso creer en esas palabras tranquilizadoras, pero sabía que nadie podría mantenerla jamás a salvo.

Brandon movió el peso de la mujer antes de que se desplomara al suelo. Solicitó ayuda y esperó hasta que llegara.

«No deje que vuelva a encontrarme». Repitió las palabras de ella mientras le apartaba el cabello oscuro de la cara. Incluso en la penumbra podía ver que era joven y bonita. La mayoría de las víctimas de abuso lo eran, antes de que un hombre les pusiera las manos encima. Debería decir puños.

Respiró hondo con el fin de desterrar los recuerdos de su temprana infancia y el dolor que había sufrido su madre hasta que al final abandonó al hombre que abusaba de ella, Joel Garson.

–Está a salvo –le aseguró a la mujer. Ésta gimió y giró la cabeza hacia su pecho. Lo invadió una sensación extraña al ver el arañazo a lo largo de la mandíbula y la sangre–. Se va a poner bien –repitió, tranquilizándola.

–Zach... –susurró ella con lágrimas en los ojos–. Oh, Zach, lo siento.

Él se preguntó si sería el tipo que le había pegado.

Oyó pasos; alzó la vista y vio a la gente que corría hacia ellos.

–Aquí –llamó al incorporarse con la mujer en brazos para llevarla hasta la camilla. La depositó sobre la superficie acolchada y fue a retroceder cuando la mujer abrió los ojos. Ésta se sobresaltó y pudo ver miedo en sus ojos a la vez que captaba el temblor en la voz.

–Gracias –logró musitar ella mientras la enfermera la cubría con una manta para protegerla del fresco del otoño.

Antes de que él pudiera responderle, se adelantó una enfermera.

–Nora –murmuró–. Oh, Nora. ¿Qué ha pasado?

–Llévemola dentro –dijo alguien.

Brandon podría haber seguido a la víctima, pero en ese momento se detuvo otro coche patrulla y de él bajó el agente novato, Jason Griggs.

–No pudimos encontrar a nadie –informó.

–¿Aseguraste la zona?

Juntos regresaron a la escena de la agresión.

–Sí, los guardias de seguridad han cerrado todas las salidas y estamos comprobando las identidades de los presentes. Pero no sabemos a quién buscamos –Griggs señaló con la cabeza la camilla que en ese momento cruzaba las puertas del centro–. ¿Está bien la víctima?

–Fue maltratada, pero se encuentra consciente –descubrió que quería comprobarlo en persona. Iluminó el suelo con su linterna, luego recogió el bolso abandonado y vio la cartera aún dentro, junto con las llaves del coche.

La abrió y leyó lo que ponía el carné de conducir.

–Nora Donnelly ha tenido suerte de que alguien viera al hombre que la agredió.

Griggs se unió a la búsqueda de la zona.

–Si el sujeto quería dinero, ¿por qué no se largó con el bolso? La retuvo mucho más tiempo que el necesario... a menos que en sus planes figurara una agresión sexual.

Brandon no podía quitarse de la cabeza las palabras de la víctima. Le había suplicado que no dejara que volviera a encontrarla. Luego había susurrado el nombre de «Zach». Miró hacia el centro de urgencias.

–Creo que iré a comprobar si la señorita Donnelly está recuperada como para contestar algunas preguntas. Tal vez nos proporcione una descripción.

Jason asintió mientras Brandon se alejaba. Experimentaba una sensación extraña. Cuando un hombre usaba a una mujer como saco de arena, lo más probable era que se tratara de algo personal. ¿Conocía Nora Donnelly a su agresor? ¿Era Zach un marido o un amante?

En cuanto atravesó las puertas automáticas, fue a la recepción grande donde se encontró con una mujer delgada de mediana edad.

—¿Es usted el agente que salvó a Nora?

Asintió.

—¿He de suponer que ella trabaja aquí?

—Sí, es enfermera —explicó la recepcionista—. Acababa de terminar su turno... —suspiró con expresión preocupada—. Sabía que ese aparcamiento no es seguro. Tienen que poner más luces.

—No le irían mal. ¿Había habido algún problema con anterioridad?

La mujer movió la cabeza.

—No, pero aún no han atrapado a ese hombre. Sigue suelto.

—Entonces, asegúrense de que el vigilante de seguridad las acompañe por la noche. Al menos hasta que encontremos a ese sujeto. ¿Podría informarme, por favor, de adónde han llevado a la señorita Donnelly?

—Es señora... Nora está viuda y tiene una preciosidad de hijo —sonrió, aunque la expresión se desvaneció lentamente—. Es una pena que perdiera a su marido tan joven.

De modo que el agresor no era su marido. ¿Un novio? Quizá. Movié la cabeza. Debía dejar de especular y hablar con Nora Donnelly.

—¿Adónde la han llevado?

—Al box cuatro. En este momento la está examinando el médico.

–Gracias –le dijo.

–No, gracias a usted... –se adelantó para leer su placa–. Agente Randell.

–Me alegro de haber llegado a tiempo –se marchó en la dirección señalada. El instinto le decía que en el incidente había algo más que un intento de robo. El tipo que la había atacado quería castigarla, hacerle daño.

Se detuvo ante la puerta cerrada del box. Se sentó y esperó, tomando notas del incidente y llamando a la comisaría. Pasaron veinte minutos hasta que una enfermera salió. Entonces, se acercó a la puerta abierta y vio a Nora Donnelly sentada en la cama. Todavía había un doctor y otra enfermera a su lado. Cuando el médico le dijo algo, ella le ofreció una sonrisa llorosa y a Brandon le pareció que le faltaba el aire.

A la luz, pudo verla bien. Tenía un rostro con forma de corazón en el que sobresalían unos asombrosos ojos de color zafiro. El cabello casi azabache le caía en ondas sobre los hombros. Centró la atención en su boca, carnosa y atractiva, en especial el labio inferior sensual, que le dio ideas que no tenía derecho a albergar en ese momento.

De pronto ella miró en su dirección. Él tragó saliva para mitigar la garganta reseca y logró hablar.

–¿Señora Donnelly? ¿Me recuerda? El agente Randell –entró, tratando de mostrar autoridad mientras la enfermera se apartaba.

Ella ladeó levemente la cabeza.

–Sí, agente, lo recuerdo. Usted me ayudó. Gracias. Se encogió de hombros.

–Es mi trabajo. Creo que esto es suyo –le entregó el bolso grande.

Ella lo abrazó como si se tratara de un escudo.

–Oh, gracias.

Le costó no mirarla fijamente. Era hermosa... incluso con la mandíbula magullada y vendada. La única otra imperfección que mostraba su piel era una leve cicatriz a lo largo de la ceja.

Al final logró apartar la vista y girar para dirigirse al doctor.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, teniendo en cuenta la ligera contusión. Tiene algunos hematomas, pero espero que se recobre por completo.

—Entonces, ¿le importa si le hago algunas preguntas?

—¿Por qué no me pregunta eso a mí?

La voz suave y ronca de Nora Donnelly volvió a desviar su atención a ella.

—Lo siento, señora Donnelly. ¿Le importaría contestar algunas preguntas?

Cuando el doctor Jenson y Gloria la saludaron con un gesto de la mano al abandonar la sala, Nora tuvo ganas de llamarlos. No quería hablar o pensar en la agresión. Lo importante era su siguiente acción. Y lo que podría lograr que Zach y ella estuvieran a salvo.

Alzó la vista hacia el agente de expresión seria. No iba a marcharse hasta no obtener algunas respuestas.

—No sé qué puedo contarle, agente.

—Son sólo unas pocas preguntas —la miró a los ojos—. ¿Conocía a su agresor?

Ella titubeó y Brandon lo vio de inmediato.

—No —no era exactamente una mentira, ya que no lo había reconocido.

—¿Puede describirlo?

—Era grande, grande de verdad —estudió al agente. Era imposible que no notara su moreno atractivo. Ojos oscuros y penetrantes, pelo como el carbón y mandíbula cua-

drada—. Mucho más fornido que usted —tembló al recordar el cuerpo del sujeto pegado contra el suyo.

—¿Blanco, hispano, afroamericano?

—Blanco.

—¿Dijo algo? —ella se encogió—. Señora Donnelly —se acercó a la cama—. Sé que es difícil, pero cualquier cosa que dijera podría ser una posible pista que nos llevara a encontrarlo.

Nora cerró los ojos. Sabía que no podía mentir... no sobre eso.

—Dijo: «Pensabas que podrías librarte» —abrió los ojos y vio que la miraba.

—Usted está viuda, ¿correcto? —le preguntó él.

Se puso tensa, pero consiguió asentir.

—Desde hace dos años.

Él escribió en su bloc de notas.

—¿Podría proporcionarme una lista de sus amigos más recientes?

—No puedo dársela —al ver que iba a insistir, lo frenó—. Desde la muerte de mi marido no ha habido nadie en mi vida. Sólo mi hijo.

Le costó creerlo.

—Sin duda ha habido hombres que la han invitado a salir. ¿Tal vez alguien que no quisiera aceptar un «no» por respuesta ¿Un compañero de trabajo?

Nora se irguió más.

—Soy una profesional, agente. No salgo con nadie con quien trabaje. Repito, no salgo con nadie. El tiempo libre del que dispongo lo paso con mi hijo.

¿Estaría protegiendo a alguien?

—¿Quién es Zach?

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Por qué lo pregunta?

–Pronunció su nombre cuando la encontré.

–Es mi hijo.

Él asintió y tachó el nombre de la lista.

–¿Qué me dice de alguien que fuera paciente aquí?

Nora se encogió de hombros.

–Creo que recordaría a un hombre tan grande –respiró hondo–. Y ahora, si hemos terminado con las preguntas, me gustaría ir a casa.

Brandon no había tenido intención de alterarla.

–Por supuesto. La esperaré fuera.

–Pensé que había terminado con las preguntas.

–Por ahora. Ha sufrido una contusión, así que yo la llevaré a casa –salió al pasillo sin darle la oportunidad de protestar.

Pretendía obtener más información de la hermosa Nora Donnelly.

Había algo que no le estaba contando, algo que posiblemente podría ayudarlo a dar con el agresor. Quizá no lo conociera, pero tenía la impresión de que el hombre sí la conocía a ella.

Había pasado más de una hora hasta que le dieran el alta y estuviera preparada para marcharse con Brandon. En el coche patrulla, había guardado silencio salvo para indicarle cómo llegar a su hogar. Le hizo saber que había concluido su conversación sobre la agresión, de modo que él ni siquiera intentó preguntarle algo más sobre el tema.

Decidió abordar un enfoque diferente.

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo en San Angelo?

Nora no apartó la vista del frente.

–Unos pocos meses –tras una pausa, añadió–: Quería un comienzo nuevo para mi hijo y para mí.

—¿De dónde es?

Finalmente lo miró.

—Phoenix, Arizona. ¿Hay algún motivo para su interrogatorio?

Él se encogió de hombros.

—Pensaba que estaba charlando.

—Como me duele la cabeza, le agradecería si por ahora dejamos de intercambiar protocolos sociales.

Él asintió. Diez minutos más tarde, cruzaban la cancela de seguridad del edificio de apartamentos donde vivía ella. El lugar era de construcción nueva, con menos de dos años. Brandon había pensado en vivir allí al trasladarse a la ciudad, pero se decidió por comprar una casa como inversión. Desde luego, ya era propietario de un rancho con una casa grande a la que podría moverse en cuanto decidiera regresar.

Condujo por la calle de ella y Nora le indicó un aparcamiento delante de su apartamento. En cuanto detuvo el coche, ella abrió la puerta y bajó antes de que él pudiera llegar a su lado. Le recordaba a las mujeres Randell: independientes y testarudas. De todos modos, la tomó por el brazo.

Ella trató de no caminar deprisa, pero quería entrar y alejarse del agente Randell. No sólo deseaba meterse en la cama y tratar de quitarse de la cabeza esa noche, sino que tampoco podía dejar que él ahondara en su pasado. Si Jimmy le había enviado a ese hombre, debía pensar en la acción que emprendería.

—Gracias, agente, por traerme a casa.

—¿Por qué no me aseguro de que se encuentra a salvo dentro? —se acercó, bloqueando parte de la luz.

Nora respiró hondo y aspiró su limpia fragancia masculina. Las miradas se encontraron y le provocó una ex-